

Por E. H. COSTANTINO, S. I. (San Miguel)

ESTUDIO DE BELA LESKO

normas para la convivencia y paz social y ésta supone el reconocimiento de los derechos de la conciencia errónea; 3) así lo han entendido no pocas personas cualificadas y cercanas al ambiente romano (v.g. el Card. Bea y Mons. De Smedt)²⁴.

El mismo P. Nicolau confiesa que “por esto difícilmente se sustrae a la idea de que en la *Pacem in terris*, bien que se haya usado una expresión ambigua, ha querido también señalarse el derecho de profesar la religión falsa, si procede por imperativos de la buena fe, que hay en la conciencia recta, pero errónea”²⁵.

La última palabra la tendrá el Concilio. Mientras tanto la cuestión queda abierta y libre para la discusión teológica.

Béla Leskó ha publicado un estudio sobre el papel del Credo cristiano (en sus distintas redacciones ecuménicas) en toda vida religiosa¹. Afirma que el Credo interpela a cada individuo con el llamado de la fe (I^a P.); que ese Credo tiene poder de formar una comunidad ecuménica, junto con el Padrenuestro y la Predicación de la Palabra de Dios (II^a P.); que no existe una criatura que pueda “excusarse” ante este credo universal, refugiándose en un conocimiento “natural” de Dios (III^a P.).

Estas afirmaciones fundamentales, que por momento subrayan cierta primacía del Credo sobre el “texto” de la Escritura (al menos la primacía histórica: pp. 71-76), hacen pensar en una noción luterana de las “fuentes” de la vida cristiana más cercana a la posición católica que lo que se entiende corrientemente a través de la enunciación del principio de “sola Scriptura”². Nos parece que este ca-

¹ Béla Leskó, *Tres relaciones del Credo*, Vox Evangelii, 4 (1964), pp. 63-102. El Anuario Vox Evangelii, órgano de la Facultad Luterana de Teología de José C. Paz, (Bs. As., Argentina), es complemento de la revista Ekklesia en el esfuerzo que dicha Facultad realiza para elaborar y promover un pensamiento luterano latinoamericano (cf. Ekklesia, V [1961], 9, pp. 1-4). Ambas publicaciones contienen un vigor de pensamiento y una representatividad que las hace lugar de encuentro para el diálogo ecuménico, cuya condición indispensable y fecunda es conocer lenguaje, mentalidad y espíritu del otro. (Sobre esta trolología cf. M. A. Fiorito, *La Academia de Platón*, Ciencia y Fe, XII-47, [1956], pp. 95-98.) Son a la vez reflejo y fuente de la realidad luterana cercana a nosotros, con la que el teólogo católico puede sentirse estimulado y enriquecido. Del Anuario se han publicado intermitentemente los años 1956, 1959, 1960, 1964, y 1964 (Suplemento). Tanto sus artículos como los de Ekklesia se incorporan en los índices bibliográficos de Ciencia y Fe.

² Cf. M. Bretscher, *El principio de la “Sola Scriptura” en la teología luterana*, en Ekklesia, num. c., pp. 38-57. Bretscher adhiere a las “directivas” de Lutero: “...y cada cristiano usará él mismo la Escritura solamente y la pura Palabra de Dios...” Sin embargo anteriormente, en la enumeración de una serie de principios de hermenéutica bíblica, frente a algunos problemas, afirma estar “en la tradición de la Iglesia de todas las edades; de ella y por su intermedio heredamos de los testigos apostólicos mismos un entendimiento respecto de lo que dice la Sagrada Escritura”. Y a pesar de que luego, afirmando la infiltración de enseñan-

²⁴ Cfr. nota 23.

²⁵ M. Nicolau, *art. cit.*, p. 342.

mino abre preciosas posibilidades de avance para el diálogo ecuménico y la fecunda confrontación teológica.

La primera parte del estudio: "Relación del Credo conmigo mismo", afirma vigorosamente el hecho de que todo hombre, por ser tal, está inevitablemente referido al Credo, y quiera o no, tendrá que dar su respuesta a Dios por medio de la fe o de la incredulidad. Este mismo tema será retomado y ampliado en la tercera parte: "Relación entre el Credo y Dios", y contiene una presentación de la doctrina católica de la gracia y del orden sobrenatural que no es exacta, como observaremos en su lugar.

La intuición y el aporte fundamental del estudio (nos atrevemos a afirmar) está en la segunda parte: "Relación entre el Credo y la Comunidad ecuménica". En el fondo parece responder a la inquietud evangélica por encontrar la substancia misma de la Iglesia en medio del "skándalon" de la división de los cristianos. El resultado es el descubrimiento y afirmación de una "comunidad de los santos" (cf. p. 71), de hecho, en el uso ecuménico del Credo, el Padrenuestro y la predicación de la Palabra de Dios.

PRIORIDAD HISTORICA DEL CREDO

En la trilogía mencionada se da una importancia especial y aún una preeminencia, al Credo, en sus tres formulaciones ecuménicas (Apostólico, Niceno-Constantinopolitano y Atanasiano). La razón de esta preeminencia se pone en que las fórmulas "confesionales" son más antiguas que el Canon de las Escrituras, y aún que la confección misma de los Libros del N.T.; por lo tanto aquellas influyen en éstos, y no al revés (pp. 74-76). Es decir, es la fe viviente de la comunidad primitiva, "creyente y confesante", la que determina qué libros se ajustan a dicha fe, y en qué libros, a la luz de esa fe dis-

zas e interpretaciones falsas recomienda que cada cristiano examine la tradición y la juzgue a la luz de la Escritura, permanece ese "entendimiento respecto a lo que dice la Escritura", distinto de la Escritura misma y "heredado" de los testigos apostólicos "en, de y por intermedio de la tradición de la Iglesia de todas las edades". Parece evidente que de nuevo aquí, como en la valoración del Credo, estamos fundamentalmente de acuerdo católicos y luteranos. La diferencia sería remanente es a quién se atribuye la autoridad de juzgar la verdadera "tradición" y de discernir lo verdadero de lo falso. Según esto, conectando la valoración del Credo que nos presenta Leskó con ese "entendimiento respecto a lo que dice la Escritura" de Stählin-Bretscher, nos encontramos con toda una línea luterana que afirma un doble elemento en la fuente de la vida cristiana. No hemos podido utilizar en nuestro estudio los aportes sobre este tema de la 4ª Conf. general de "Fe y Constitución", tenida en Montreal del 12 al 26 de julio de 1963, particularmente los aportes de K. E. Skydsgaard, a quien cita nuestro autor, y J. L. Leuba. Nos remitimos para esto a R. Rouquette, *Etudes*, 1963 (319), pp. 104-118.

tinta de los libros mismos, se reconoce la obra del Espíritu Santo que los hace Sagrados. Por otro lado subraya nuestro autor una y otra vez "la relación inevitable e imprescindible entre la fe del cristiano individual (de hoy y siempre, se entiende) y la fe neotestamentaria expresada en y por nuestros credos ecuménicos" (p. 72). Sólo así podemos integrarnos en la "koinonía" cuyo crecimiento y evolución se hiciera sobre la base del mensaje neotestamentario" (p. 72, nota 6). Sólo así, explicitamos, podremos pertenecer a la "Unam ... apostolicam Ecclesiam" (Credo Niceno y participar de la "una fides" (Ef 4, 5). El autor concluye: "el rechazo del Credo apostólico equivale a la negación de ser miembro del cuerpo cristiano" (p. 76). Ya antes había dicho: "Dejar de lado los Credos significa también una ruptura entre el hombre de hoy y la Iglesia del N.T., pese a las enfáticas afirmaciones contrarias" (p. 72)³.

El teólogo católico se da cuenta enseguida de la importancia que tiene esta afirmación, de la necesidad de comunión con la fe de la comunidad primitiva y del carácter imprescindible de la formulación "autoritativa" "contra las enseñanzas falsas"⁴ por medio de los Credos, y se goza de reconocer en esto un "elemento ecuménico", así como encuentra otro en la común veneración y amor a la Escritura, que también reconoce como Sagrada y, por eso mismo, imprescindible. Y todo esto no sólo se hace oración en el Padrenuestro también ecuménico, sino que se hace culto total, Liturgia sacramental en la que se funden fe del Credo y Texto sagrado, como substancia de la predicación, oración y administración de los Sacramentos⁵.

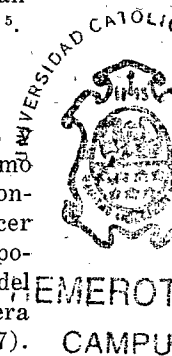
CREDO Y FE

Sin embargo, a pesar de descubrir tantos elementos comunes participar ya en ellos sensiblemente una misma vida (con un mismo Señor, una misma necesidad y anhelo de salvación, una misma conciencia de responsabilidad misional), no podemos dejar de reconocer que aún no hemos llegado a la comunión en la "una fides", y no podemos compartir la afirmación de que "la confesión y repetición del Credo por el individuo ubica a éste inevitablemente y de manera definitiva dentro de la comunidad ecuménico-universal" (p. 77). Para eso necesitaríamos no sólo pronunciar el Credo que nos com-

³ La última frase se dirige a los grupos llamados "biblicistas".

⁴ No sólo contra las enseñanzas falsas, sino también como necesidad intrínseca de la predicación, como aparece en los apóstoles.

⁵ En la constatación de elementos comunes extrañamos en el estudio de B. Leskó la mención de los Sacramentos (particularmente Bautismo y Eucaristía) y de la Liturgia en sentido más amplio de lo que puede manifestar el Padrenuestro.



promete a todos ecuménicamente, sino poder llegar de hecho a la comunión espiritual de la “una fides” ecuménico-apostólica, confesando un mismo contenido de fe en cada formulación. El hecho de que recemos el mismo Credo con una fe que no nos permite comer juntos el Pan eucarístico⁶, porque creemos distintamente del Sacerdocio, de los Sacramentos, de la gracia y la comunión de los santos, o sea, porque entendemos distintamente el mismo Credo, es signo evidente de nuestra dolorosa división y llamada urgente a la búsqueda humilde del camino para llegar a esa única fe latente en el contenido vital de nuestros Credos, que no se aprehende por la mera pronunciación de frases que de hecho reciben del espíritu un distinto contenido. Subrayamos que no es la repetición verbal del Credo, como fácilmente concederá el autor, lo que tiene poder de crear comunidad, sino la fe de la que el Credo es heraldado, vivida en plena madurez y transmitida a partir de Pentecostés por los testigos auténticos; ya que “nadie es predicador si no es mandado por Dios” (cf. cita de Nygren, p. 85).

Esa fe tiene que haber llegado de algún modo pura e íntegra hasta nosotros, ya que Cristo, con la plenitud de su poder, impuso a los apóstoles la misión de transmitirnosla autoritativamente, y les prometió su perpetua asistencia: “Vayan, pues, instruyan a todas las naciones, bauticen... y enseñen a cumplir todo cuanto yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo (Mt. 28, 19 ss.). El que crea y se bautice se salvará. El que no crea se condenará” (Mc. 16, 16).

FE APOSTOLICA Y PREDICACION

El problema, el sagrado problema es cómo alcanzamos nosotros la plenitud de esa fe apostólico-ecuménica; o mejor dicho, cómo se trasmite y llega hasta nosotros. Con gusto avanzamos junto al autor más todavía. Respondiendo a la pregunta expuesta, nos habla de la Palabra de Dios, la que ya existía aún antes de su forma escrita en la Biblia, la que se nos trasmite por la predicación: “La fe correcta, verdadera y cristiana del “homo religiosus” llega a través de la predicación, que es transmisión de la Palabra divina” (p. 85). Pero para el autor, que aquí se reintegra a la “tradición” protestante, una vez revelada esa palabra en las Sagradas Escrituras, su mensaje “es la única base y el único tema de toda predicación cristiana” (p. 85).

La teología católica acepta, cada vez más decididamente, el carácter “completo” de la Escritura en cuanto al contenido del mensa-

⁶ Cf. *Intervención del arzobispo de Montreal en la 4ª Conf. M. de Fe y Constitución*, Criterio, 1963, p. 714.

je⁷, fuera del reconocimiento del Canon de los Libros y su carácter sagrado, transmitido por “tradición” dentro de cada Iglesia cristiana. En este sentido podemos admitir que el mensaje contenido en la Escritura es la única base y el único tema de toda predicación cristiana. Pero no en el sentido que la redacción providencial de la Escritura deje en suspenso la misión de los Apóstoles, que por voluntad de Jesús debe durar hasta el fin del mundo, y se apropie de su autoridad. El autor, citando a K. Barth dice: “La palabra de Dios es revelada, escrita y predicada” y agrega Leskó: “confesada y orada”. Los elementos enunciados son auténticos, con la atinada adición, pero por fidelidad a la corriente histórica por la que nos llega la salvación tenemos que retocar el orden de los hechos. La Palabra de Dios es revelada; esto es absolutamente primero. Su fruto es la fe y la oración (“confesada y orada”). En tercer lugar viene la predicación, fruto de la maduración de la fe en la confirmación de Pentecostés y comienzo de realización del mandato misional anterior a la Ascensión. Recién en cuarto lugar, como un fruto de la predicación, y al servicio de esta predicación (no al revés), la Palabra de Dios es escrita. Hasta entonces, lo recuerda el autor, existía la “viva vox evangelii”, que no muere ni calla para escribir, sino que recoge con el instinto divino (“les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho”, Jn 14, 26) la Escritura, nos predica su autenticidad y su carácter sagrado, y nos la deja, de “viva vox”, integrada en la totalidad del depositum⁸.

Nosotros subrayamos que el punto de partida de la predicación no es el encuentro con la Palabra escrita, sino el encuentro con el mismo Cristo, Verbo de Dios hecho carne, que nos fue entregado por el Padre (Jn 3, 16) en la Cruz y en los Apóstoles que renuevan su presencia sacrificial (“Hagan esto en memoria mía”) y son enviados a las naciones, hasta el fin de los tiempos. Nuestro encuentro con Cristo no es en privado, en el silencio de la Sagrada lectura,

⁷ Cf. M. Geday, *Ecumenismo e Iglesia visible*, en *Selecciones de teología*, 11 (1964), p. 160: “La tradición no nos trasmite *otra cosa*, sino de otra manera: (se nos presenta) como explicación viviente de esta misma Escritura”. Prescindimos del problema de lo implícito y explícito, que está en la base del desarrollo dogmático en la misma Escritura y en los Credos. Hemos precisado que así como la tradición “influye en la selección y confección del Cónon, y no al revés” (cita de Leskó), sigue influyendo en “transmitirnos” ese Cónon en su extensión y contenido. Sobre todo este problema cf. también K. Rahner, *Escritura y Tradición*, en la misma revista.

⁸ El proceso de formación de los Libros Sagrados ha sido fructuosísimamente estudiado por la “Escuela de las formas” (Formgeschichte). Para los Evangelios, cf. X. Leon-Dufour, *Les evangiles et l'histoire de Jesus*, Du Seuil, 1963.

sino en la Iglesia de los Apóstoles, en el ruido de la predicación. Con la recepción del Espíritu “vivificante”, los apóstoles comenzaron su misión kerigmática (predicación) y sacerdotal (liturgia sacramental), prolongación mística de la acción kerigmática y sacerdotal de Cristo: “El que los recibe a ustedes, me recibe a mí”, Mt 10, 40). Y así como ellos por la fe obediente fueron bautizados con el Espíritu Santo (Ac 1, 5, 33), que llevó su fe a la plenitud (“les enseñará todo”), y a la realización del mandato misional, ahora son ellos los que transmiten el depositum salvífico con su enseñanza autoritativa y su poder de edificar la comunidad creyente. Los primeros oyentes preguntan a Pedro con la pregunta paulina: ¿Qué debemos hacer? Recibieron la palabra obedeciendo y bautizándose y “perseveraban en las enseñanzas de los apóstoles y en la comunión fraterna (koinonia) y en la fracción del pan y en las oraciones... Y el Señor iba agregándoles cada día a aquellos que debían salvarse” (Ac 2, 37-47). Por lo tanto, la salvación se da en la incorporación (“agregación”) a esta comunidad apostólica, que “sigue” a los apóstoles por medio de la obediencia de la fe en su palabra y la perseverante aceptación de sus enseñanzas. Aquí aparece claro tanto el carácter autoritativo del kerigma, como el carácter apostólico y obediencial de la fe. Y en esta acción conjunta de testigos autorizados y comunidad creyente, de mensaje y acción sacramental (bautismo, fracción del pan...) se manifiesta la Iglesia naciente, cuyo crecimiento el autor inspirado del libro de los Hechos se empeña en señalar (cf. Ac 2, 41, 47; 4, 4; 5, 14; 6, 1, 7; 9, 31; 11, 21, 24; 16, 5; cf.: 12, 24; 13, 48 s.; 19, 20) Pablo dirá: “sois conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, cuya piedra angular es el propio Cristo Jesús, en el cual todo el edificio se ajusta en sus partes y crece, formando un templo santo en el Señor...” (Ef 2, 20 ss.). Este lenguaje parece estar haciendo eco a la promesa de Jesús: “Tú eres Piedra (Cefas) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18).

TRADICION E IGLESIA

Así aparece en la misma Escritura el crecimiento de la Iglesia en el espacio y en el tiempo, y así debe llegar hasta nosotros, hasta todas las naciones y todos los siglos, siguiendo el proceso orgánico revelado por imágenes como semilla, construcción de un edificio, etc.

Esta es la noción católica de Tradición. No mera “tradición oral”; mucho menos mera “tradición doctrinal”, como insinúa el autor (p. 86). Tradición es la Comunidad de los Apóstoles viviente hasta el fin de los siglos, que crece en el espacio y en el tiempo por la promesa

y asistencia de Jesús Señor, se nos manifiesta y se nos entrega, con todo lo que trae en su seno de mensaje y realidad, predicación autoritativa y sacramento, prolongación mística del mismo Cristo que es Palabra y Carne.

Tradición e Iglesia se identifican, con un sentido vital y un valor que se mide por Cristo, divino depositum que ininterrumpidamente se nos “trae” y se nos “entrega”. Tradición y Cristo se identifican, porque Dios ha unido en la Persona del Hijo la Substancia eterna y toda substancia temporal (todas las cosas tienen en El su consistencia, Cl 1, 17) y el todo nos lo entrega en el espacio y en el tiempo dentro del cual el Reino, la comunidad creyente, su Iglesia, crece corporalmente y se manifiesta (El es también Cabeza del cuerpo, de la Iglesia, ib.). Tradición y fe se identifican, porque la fe es la vida de Cristo en nosotros (Ef 3, 17: que habite Cristo por la fe en nuestros corazones; cf. Gl 2, 20: Cristo vive en mí), la conciencia de Cristo que nos habita, nos posee y nos diviniza.

FE Y ESCRITURA

¿Y cuál es el papel de la Escritura en la Iglesia? Ella es el Pan espiritual que alimenta la fe. Pero así como el pan supone una vida capaz de asimilarlo y está en función de esa vida, así la Palabra escrita, realidad sagrada e imprescindible, supone una fe que ella no puede de por sí originar sino tan sólo alimentar (Rm 10. 14 ss.: la fe depende de la predicación oída); supone una persona que vive esa fe y la trasmite con autoridad (Rm 10, 15: “cómo predicar sin haber sido enviado”). La Escritura es entregada a la autoridad de los apóstoles para que provean a sus sucesores de un sostén impercedero para la predicación en las generaciones; pero los apóstoles con su autoridad permanecen en los siglos, según se desprende de la nítida afirmación de Cristo en el mandato misional, y ellos nos traen, nos leen y nos explican el Evangelio y nos lo dan a meditar, debiendo permanecer nosotros con perseverancia “fieles a sus enseñanzas”. Del momento que quisiéramos arrancar de las manos de los Apóstoles esos Libros que contienen la fe que sólo ellos pueden atestiguar y discernir, del momento que quisiéramos poner en esos Libros la “absoluta supremacía” (p. 86), haciéndolos autónomos, quedaríamos en la impotencia del eunuco etíope que al responder a Felipe si comprendía la lectura de Isaías le dijo: “¿cómo voy a poder, si alguien no me guía?” Ac 8, 31).

La predicación no puede independizarse de la Escritura, una vez que ésta es puesta por Dios en manos de la Iglesia como alimento sagrado y norma de la fe. En esto también estamos de acuerdo con B. Leskó (p. 86). Pero los testigos autorizados recibieron de

Jesús, en función de su responsabilidad de maestros, un don especial, necesario para entender las Escrituras (Lc 24, 45). Con esto se ve claro que no basta recibir de los apóstoles la Escritura, sino que hay que recibir además su sentido. La Escritura está abierta sólo para el que tiene la "una fides" apostólica expresada sintética y evolutivamente en los Credos. En la medida en que aceptamos por la fe el testimonio autorizado y autoritativo de los Apóstoles, recibimos el Texto santo, con todo su contenido de enseñanza y vida, junto con los Sacramentos que nos dan al mismo Cristo y llevan nuestra fe a la plenitud.

La Biblia es el sagrado documento del todo, pero no es el todo. Sólo Cristo es el todo, por cuanto El simplemente es (Yo soy, Jn, 8, 24 y Ex 3, 14), y "plugo a Dios que en El morase plenamente toda la plenitud" (Cl 1, 19). La Biblia pertenece al todo como una de sus partes: es su sagrado documento, presentado y explicado por los testigos. Y el todo, recibido por la fe obediente, y transmitido por la predicación de los que tienen autoridad, desde los Apóstoles hasta nosotros, se nos entrega en forma de enseñanza autoritativa o dogmática (Credos) y Biblia.

Repetimos esto que es fundamental para el avance ecuménico, y que nos parece el gran aporte del Prof. Leskó (aunque en la interpretación nos separemos de él): Escritura y fe apostólica son inseparables. Los apóstoles nos transmiten autoritativamente ambas cosas, y sólo por la fe a las personas, que son los testigos, y no a la cosas en sí, recibimos la plenitud ("Plugo a Dios salvar a los creyentes por la necesidad de la predicación", 1 Co 1, 21). La predicación no puede hacerse sino en base al Texto, porque éste nos ha sido impuesto autoritativamente por los Apóstoles que nos enseñan su valor sagrado. Pero la predicación en base al texto la hará solamente (fundamentalmente) el que haya recibido antes la fe y la autoridad de los Apóstoles, ya que sólo esta obediencia a "sus enseñanzas" nos incorpora a la comunión fraterna y a la fracción del pan (Ac 2, 42).

LA ESCRITURA EN EL CATOLICISMO

Los católicos conservamos la Escritura con un amor que crece sin cesar (aprovechando también el estímulo de nuestros hermanos separados) y que jamás estuvo muerto a pesar de un Renacimiento y un romanismo que lo dificultaron. Esto nos humilla y hemos expresado nuestra culpabilidad pidiendo perdón⁹. Pero nunca abandonamos la Escritura, como lo testimonia no sólo el Padrenuestro (como

⁹ Cf. Discurso de Pablo VI del 29 de Septiembre de 1963, reiterado en su alocución a los observadores delegados, el 17 de Octubre siguiente.

reconoce el Prof. Leskó), sino, a pesar del latín, nuestra liturgia occidental y oriental, el Breviario de cada sacerdote, y los tratados dogmáticos, aun los más "tradicionalistas"¹⁰. Sin embargo, en nuestra conciencia creyente jamás ha dejado de sonar autoritativa y liberadoramente la enseñanza de los Apóstoles en aquellos que para nuestra conciencia creyente son sus auténticos Sucesores. Precisamente esta enseñanza apostólico-episcopal es la que nos entrega el todo, fe y Escritura, con lo que recibimos al mismo Cristo y al Espíritu santo. Y la conciencia creyente de los católicos, particularmente cuando en estado de Concilio se despoja de lo inauténtico y se automanifiesta unánimemente hacia la plenitud, debe ser considerada por lo menos como un dato teológico considerable.

Una de las críticas de Lutero contra el catolicismo de su época, nos dice el autor (p. 88) estaba basada en que éste no preguntaba lo que dice la Escritura sino lo que decían los Padres acerca de la Escritura. Sin embargo, prescindiendo de la motivación que esa época dio a Lutero y a otros, el catolicismo siempre pregunta a los Padres sólo en la medida que la conciencia católica del momento y de siempre los considera testigos auténticos del sentido de la Escritura (Lc 24, 45) y en coherencia con la autoridad de los apóstoles presentes en sus Sucesores, junto con quienes lee la Escritura. Buen número de Padres son enmendados o abandonados en algunos puntos que se manifiestan desacordes con la unanimidad de la fe alimentada por la Escritura. Y en otros puntos en los que la fe inagotable (Rm 11, 33), fundamento de la evolución coherente de los Credos y Dogmas, no se ha manifestado claramente, la conciencia católica fermentada por la Escritura con la guía permanente de los apóstoles, va fructificando nuevas luces, independiente de los Padres, que una vez correctamente discernidas por el asentimiento unánime pasan al acerbo reflejo de la Iglesia.

ALGUNAS OBSERVACIONES

La necesidad del régimen autoritativo que desde los Credos embrionarios de la época apostólica, pasando por los Credos ecuménicos de los siglos primeros, evoluciona en una historia completa de los Dogmas, se avivan en nuestra conciencia creyente cada vez que se habla de la posibilidad de error aún para la fe sincera. El autor

¹⁰ Opinión de Karl Barth: "Visiblemente, desde hace mucho tiempo, en los medios clericales (y en muchos otros) de la Iglesia Romana, La Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, ha sido leída con mayor celo y fruto de lo que estimábamos y observábamos... Después de todo, ella está vigorosamente presente en el Misal y el Breviario Romano..." (Cf. Doc. Cath., 1963, cl 223).

menciona varias veces la fe errónea y trae la cita de Lutero (p. 89): "La confianza y la fe sinceras pueden hacer lo mismo al ídolo que a Dios. Si son ambas como es debido, entonces Dios también será verdadero. Por el contrario, no se tratará del verdadero Dios si la fe es errónea" (Explicación del Primer mandamiento). El problema, para los que no aceptan el magisterio dogmático, parece llevar a una aporía: ¿Cómo saber si uno tiene una fe errónea? ¿Cómo salir del error una vez que uno se ha envuelto en él?

Quedaría discutir, con el mismo espíritu de respeto y estima profunda, la posición del autor sobre el problema natural-sobrenatural, razón-fe. Son problemas complementarios pero no se identifican. Preferimos dejar este tema de por sí extenso y delicado observando solamente que el pensamiento católico no está bien reflejado. Por ejemplo, parece ponerse como fundamento católico para el concepto de "religión natural" la "búsqueda de una excusa para quienes aún ignoran la predicación cristiana o bien tienen el anhelo de eliminar la posición única del cristianismo" (p. 91). Es bien conocida la afirmación católica de que "fuera de la Iglesia de Cristo no hay salvación" (Extra Ecclesiam nulla salus). La *theologia naturalis*, llamada también *teodicea*, o filosofía de la religión, es una zona de la investigación que se abstiene metódicamente de usar el criterio de autoridad (lo dice la Escritura, lo dice la Iglesia) y un intento de avanzar hacia lo trascendente siguiendo el impulso de la razón que se pregunta por lo último de las cosas. Es resultado de una inquietud incoercible del espíritu, que tiene su propio dominio de autonomía (como las matemáticas, la biología, y toda ciencia) y sus propios límites dentro del dinamismo total del "homo religiosus". Tiene la función de diálogo con los que tratan de desentrañar la realidad ubicados en ese ángulo de mira desde el que afirman o niegan a Dios. Pero no se atribuye una función salvífica mayor o menor de la que pueda tener cualquier actividad sincera y ordenada que tiende finalmente hacia lo religioso sin necesidad de hacerse soberbia a lo largo de su camino limitado. Concedemos que se haya podido cometer arbitrariedades, sea con la atribución de un valor absoluto, sea fomentando un dualismo.

La teología del "orden sobrenatural" busca otra cosa muy distinta, que requeriría una exposición particular.

Esta sección registra cuanto de filosofía y teología se publica en las naciones de habla hispana y portuguesa: España, Portugal, México, Centro y Sud América.

Y lo mismo hace, por razones de vecindad intelectual, con respecto a las publicaciones periódicas de Norteamérica, de habla inglesa.

En cuanto a las publicaciones europeas y afro-asiáticas, hace una selección muy ajustada de lo más importante que en cada tema se ha publicado.

Presentamos este material en dos partes:

1. **Fichero de Filosofía**, en las primeras entregas del año.
2. **Fichero de Teología**, en las últimas entregas del año.

SIGLAS DE REVISTAS

- AA = *Anthologica Annu*. Roma.
 AAg = *Archivo Agustini*. Valladolid.
 ACFS = *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*. Granada.
 ACME = *Annali della Facoltà di Filosofia e Lettere della Università Statale*. Milano.
 AER = *American Ecclesiastical Review (The)*. Washington.
 AF = *Archivo di filosofia*. Roma.
 AFrH = *Archivum Franciscanum Historicum*. Firenze.
 AFT = *Anales de la Facultad de Teología*. Santiago de Chile.
 AGPh = *Archiv für Geschichte der Philosophie*. Berlin.
 AgSoc = *Aggiornamenti sociali*. Milano.
 AHdLM = *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du moyen âge*. Paris.
 AHSI = *Archivum Historicum Societatis Iesu*. Roma.
 AIA = *Archivo Iberoamericano*. Madrid.
 AIDS = *Arquivos do Instituto de direito*. São Paulo.
 AIIP = *Anales del Instituto de Investigaciones Pedagógicas*. San Luis (Argentina).
 AIAnd = *Al-Andalus*. Madrid-Granada.
 AISt = *Alma Studies*. California.
 Alv = *Alvernia*. México.
 ALw = *Archiv für Liturgie-wissenschaft*.
 Am = *América*. New York.
 AmCl = *L'Ami du Clergé*. Paris.
 An = *Anima*. Freiburg. Schweiz.
 AnBol = *Analecta Ballandiana*. Bruxelles.
 AnC = *Analecta Calasantiana*. Madrid.
 Ang = *Angelicum*. Roma.
 Ann = *Annales*. Paris.
 Anth = *Anínropos*. Freiburg.
 Anton = *Antonianum*. Roma.
 AOr = *L'anneau d'Or*. Paris.
 APh = *Archives de Philosophie*. Paris.
 Apol = *Apollinaris*. Roma.
 Arb = *Arbor*. Madrid.
 At = *Athena*. Madrid.
 ATG = *Archivo Teológico Granadino*. Granada.
 Atl = *Atlántida*. Madrid.
 AUCE = *Anales de la Universidad Central del Ecuador*. Quito.
 AUCh = *Anales de la Universidad de Chile*. Santiago.
 AUCV = *Anales de la Universidad Central de Venezuela*. Caracas.
 AUCVal = *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso*. Chile.
 Aug = *Augustinus*. Madrid.
 AugL = *Augustiniana*. Lovanii.
 Augustin = *Augustinianum*. Roma.
 AUS = *Anales de la Universidad del Salvador*. Buenos Aires.
 AUSt = *Anales de la Universidad de Santo Domingo*. St. Domingo.
 BC = *Bellarmino Commentary*. Heythrop.
 BFCL = *Bulletin des Facultés catholiques de Lyon*. Lyon.
 Bib = *Biblica*. Roma.
 BIDC = *Boletín del Instituto de Derecho Comparado*. Ecuador.
 Bijdr = *Bijdragen*. Leuven.
 BIRA = *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. Perú.
 BJRL = *Bulletin of the John Rylands Library*. Manchester.
 Bo = *Bolívar*. Bogotá.